



Relatos fantásticos y otras verdades

Quique Quagliano

Relatos fantásticos y otras verdades

Quique Quagliano

Lecturas en Gigantes Gentiles

Publicado originalmente en

<http://nidosconpalabras.blogspot.com/>

Medicina para mi pterodáctilo

Aunque es sabido que el género se extinguió hace ciento cincuenta millones de años, mi nuevo amigo el pterodáctilo parece ignorarlo: se posa en el balcón de mi ventana todos los días al atardecer. Un poco por la altura -un balcón en el piso veinticinco frente al parque está suficientemente alejado de los ruidos de la calle y las miradas entre aterradas y curiosas de los vecinos- y otro poco por los trozos de pescado que comencé a dejarle apenas noté su presencia, día a día fue ganando confianza hasta aceptar mi cercanía.

Confieso que la hilera de dientes cónicos que decora su pico y la imponente imagen de sus alas abiertas a pleno cuando se posa en la baranda -a simple vista podría calcularle metro y medio, dos metros de envergadura- me intimidaban bastante al inicio de nuestra relación. Digo relación, por llamar de algún modo a este encuentro y sortear así el abismo de millones de años que existe entre nosotros. Pero finalmente noté que, bien alimentado y cuidado, no representaba sino una compañía curiosa y amigable.

Aquel día en que llegó lastimado yo noté enseguida que algo andaba mal al ver el esfuerzo que le tomó alcanzar el borde

de la baranda. Primero pensé en un accidente: se habría enredado con los cables del trole o con los de luz. Pero luego noté las mordeduras. Evidentemente, el grado de domesticación que había alcanzado en su incursión diaria a mi balcón lo había llevado a acercarse demasiado al parque -tal vez para beber agua de la enorme fuente central- en dónde, los vecinos lo sabemos, vive una gran cantidad de perros callejeros que, seguramente envalentonados en la jauría, atacaron a mi amigo jurásico. Suelen no intimidarse ante nada.

Cuando lo llamé a Darío, el veterinario que vive en el 5to. B, reconoció luego de sobreponerse del susto de la primera impresión, que no había adquirido en la universidad los conocimientos necesarios para atender a semejante bestia. Con total naturalidad me pidió el celular y llamó a su amigo David el paleontólogo -quién en menos de diez minutos estaba tocando el timbre del portero- y juntos elaboraron de buena gana, entre asombrados y extasiados, un diagnóstico y su tratamiento.

Ahora mi visitante de cada tarde se ha convertido en un amigo convaleciente que requiere de mis cuidados y anotaciones, reloj en mano, para no olvidar darle su medicina.

A veces me consuelo pensando que podría haber sido peor. Que fuera un gato, por ejemplo.

Larga distancia

-El lunes paso, cierro y me llevo todo- dijo, y cortó la llamada de larga distancia.

Noté que no intentó siquiera esperar mi reacción del otro lado de la línea, que por otra parte había sido hasta entonces sólo silencio, porque no hacía otra cosa que pensar en que era viernes y tenía nada más y nada menos que tres días para comenzar de nuevo con mi vida.

Otro nuevo comienzo, tan incierto y atractivo como lo son siempre.

Historias en cincuenta escalones

En un caluroso día de 1930, casi 40 años después de que Jesse W. Reno demostrara por primera vez el funcionamiento de una escalera mecánica en Coney Island, la Señora se levantó de su cama más temprano de lo habitual, desayunó muy rápidamente y se vistió con sus mejores galas. Ese día se inauguraría el primero de estos artilugios en su ciudad, más precisamente en el Centro Comercial, y no sería ella quién iría a perderse aquel estreno.

Ya en el lugar y al llegar su turno de abordar el moderno artefacto, el primer escalón móvil atrapó el borde del vestido de la Señora como si la dentadura de una bestia enorme y feroz la hubiese tomado, arrastrándola y succionándola hasta hacerla desaparecer en el extremo superior de la escalera rodante, frente al estupor del resto de los concurrentes.

Veinte años estuvo la Señora con su falda atrapada en el primer escalón de la escalera mecánica del Centro Comercial. Los primeros días salía con su cara desencajada, como es de suponer, gritando por auxilio. Con el correr de los días dejó de gritar y pocos meses después comenzó a relatar sus conocidas 'historias en 50 escalones' -como las llamarían luego los ocasionales transeúntes-, que era lo que duraba su salida al exterior. Exactamente el largo de la escalera.

La Señora bajaba a los infiernos del dorso de la escalera para contar en sus salidas al exterior aquello que había visto. Sus historias de fantasmas, seres fabulosos, personajes oscuros y paisajes de ensueño que fueron tema recurrente de las historias que contaba, fascinaban a su auditorio.

Finalmente, un día caluroso de 1950 la Señora no salió. Los presentes, que se habían agolpado para escuchar las historias de ese día, con estupor esperaron una señal de su aparición sin éxito. Temieron entonces lo peor.

Algunos de los Señores que pululaban por el lugar, se reunieron más tarde en torno a las mesas del Café del Centro Comercial a discutir sobre el tema. Muchos de ellos afirmaban haber visto a la Señora caer al destrabarse el borde de su falda, segundos antes de dar la siguiente vuelta para salir al exterior. Otros en cambio, entendían que de algún misterioso modo la Señora había decidido soltarse por propia voluntad de su trampa, para quedarse a habitar alguno de aquellos paisajes que tan bien había relatado, y con tanto entusiasmo, a lo largo de veinte años y cincuenta escalones.

Un rato más

Y cuando finalmente llegó a la Luna, comprendió que el combustible de su nave sólo se agotaría si dejaba de soñar.

A pesar de que la hazaña le llevó toda la noche, amerizar sólo le tomó sobresaltarse con el sonido del despertador.

Apenas abrió los ojos, se convenció de que la vida de aquel que levanta vuelo con el sólo impulso de su imaginación suele ser dura, aunque bastante satisfactoria.

Por eso se sacudió el polvo lunar de las medias, y se dio vuelta para seguir durmiendo un rato más.

Jarrones holandeses

Corría el año 1886 cuando el ceramista Willem Van Der Zielwachten comenzó a fabricar sus famosos jarrones en un paraje cercano a la ciudad de Delft, en los Países Bajos.

De color azulado, característico de aquellas piezas que utilizaban el estaño como colorante para elaborar el esmalte cerámico, la producción de Willem abarcaba piezas tan variadas como baldosas, vasos, cazuelas, platos y utensilios, todos ellos decorados con los muy típicos paisajes holandeses: molinos, llanuras con tulipanes y damiselas en zuecos. Van Der Zielwachten había aprendido de los maestros artesanos que la porcelana blanca es más dura y resistente que la arcilla roja, esto sin mencionar sus magníficos colores -que la hacían mucho más atractiva a los ojos de sus clientes-, y de tal modo las fabricaba.

Sin embargo, las piezas favoritas de Willem, aquellas que elaboraba con gran detalle y dedicación, eran unos inútiles jarrones Delfts Blauw que lo obsesionaban. Eran inútiles porque el ceramista cerraba la boca del objeto en cuestión con una tapa, también de cerámica, imposible de abrir sin destruir completamente la pieza. De este modo, los jarrones

servían como objeto decorativo -aspecto que no era en absoluto para desestimar-, pero no para el propósito primigenio de cualquiera de ellos. Como contener líquidos, por ejemplo.

Cierto día, Willem decidió confesarle a su mejor amigo Friedrich Nieuwsgierig el motivo de su tan particular modo de elaborar jarrones. Era el siguiente: en el momento en que un cliente le encargaba una pieza, él recortaba un pequeño trozo de su propia alma para colocarla en el interior del jarrón. Una vez terminado el trabajo, cerraba la pieza herméticamente con aquella tapa que ya no podría abrirse.

-Es mi deseo que un jarrón hecho por mis manos no sea sólo un objeto más-, resumió a modo de confesión, y con eso concluyó la explicación.

A partir de entonces, el ceramista pasaba largas y frenéticas horas en su taller fabricando jarrones y recortando trocitos de su alma, que guardaba provisoriamente en una caja bellamente decorada y muy bien acolchada para que, de tan pequeños, no se arruinasen por un golpe o raspadura, y mucho menos se extraviasen.

Sucedió entonces aquel hecho que todos los habitantes del paraje recuerdan -también los habitantes de Delft, públicamente ellos lo admiten-, una tragedia que irrumpió en la tranquila y bucólica vida de los ceramistas holandeses, transformándola para siempre.

Un buen día, Willem decidió abandonar toda otra actividad que no fuera fabricar sus jarrones con tapa conteniendo trocitos de su alma. No se lo vio ya más por la taberna del pueblo y hasta dejó de solicitar los favores de Ingrid, su prometida entrada en carnes y en placeres.

Grande fue la sorpresa de Friederich Nieuwsgierig cuando, ya muy preocupado por la suerte de su amigo luego de varios días de incertidumbre, se dirigió al taller para conocer su paradero y si, por caso, algo grave le hubiera sucedido. Al entrar al lugar divisó el cuerpo del ceramista tendido en el piso, muerto y aferrado a un jarrón Delfts Blauw con el último retazo de su alma adentro, que no alcanzó a tapar.

Según escribiera Friederich en su diario personal muchos años después, para la época en que murió Willem los holandeses ya no compraban porcelana proveniente de China, de excelente calidad, por cierto, sino la que fabricaban sus propios ceramistas. Afirmaban con orgullo que la suya no sólo era la porcelana blanca más dura, resistente y con más bellos colores y figuras en todo el mundo. Además -y todos reconocían el mérito de Willem en ello- sus creaciones ya no eran simples objetos. Ahora tenían un alma.

Frente a sus ojos

-Qué extraño, -pensó al sentir esa particular mezcla del frío acero penetrando con fuerza masculina por su espalda con la tibia línea de sangre corriendo hasta su muslo- dicen que en momentos como este uno ve pasar toda su vida frente a sus ojos. Sin embargo, yo solo puedo verla a ella y pensar en ella.

La idea no pudo menos que dibujarle una sonrisa en el rostro, mientras caía y a pesar del dolor.

-¿De qué te ríes? -vociferó al notarlo, el perpetrador.

-Eso es algo que también te robé -le dijo, y cerró los ojos.

Dimensiones

Casi como en una experiencia en otra dimensión -ustedes disculparán la ilustración, típica de las sagas de ciencia ficción a las que soy aficionado-, vi mi accidente como si hubiera estado en ese momento fuera del cuerpo. De mi propio cuerpo.

En el momento mismo en que el ladrillo que un albañil descuidado dejó caer desde el segundo nivel me dio de lleno en la cabeza, pude verme a mí mismo en el suelo, ensangrentado. Curiosamente, lo primero que llamó mi atención fue la música que continuaba saliendo por los auriculares. Mi celular, como era de esperar, no se dio por enterado del incidente y continuó con su destino de playlist.

Noté entonces la salida presurosa de algunos obreros dispuestos a atenderme, aunque confieso que creí ver en sus rostros una preocupación mayor por las consecuencias legales del descuido que por mi salud, aunque tal vez sólo haya sido una impresión de mi yo en esa otra dimensión, un estado ciertamente novedoso para mí.

Mientras llegaba la ambulancia de la emergencia, comenzaron a atender a mi cuerpo tirado inmóvil en el piso, y yo -

éste otro yo- me distraje mirando alrededor. La gente iba y venía, ocupados en sus asuntos. Una cantidad de ellos se alineaba frente a un cajero automático ubicado en la otra vereda, todos con notorio fastidio por la molestia del próximo feriado largo y distraídos con los números de las cuentas a pagar. Algunos metros más allá, una mujer joven había detenido el cochecito en un intento de calmar el llanto de su bebé. El mozo del café de la esquina miró desde lejos y siguió su camino rumbo a la siguiente mesa, no sea que se enfríe el café y el patrón se enoje.

Recordé entonces la letra de un conocido tango, y casi sin querer lo recité en voz alta: "...y el mundo sigue andando..." Y pensé, mientras notaba que mi cuerpo con el ladrillo en la cabeza seguía allí tendido sin responder, que poco importa lo que hace uno con su cabeza mientras no se interponga en las rutinas de alguien más.

La lluvia y yo

En nuestro pueblo llueve todos los días y únicamente, de nueve a nueve y media de la mañana. La cuestión se complica, claro, para quienes comienzan sus labores bien temprano. En el campo arrancan al alba y el parate jode y obliga a la pausa no deseada. En el caserío en cambio, con apresurarse y llegar a destino a las ocho y cincuenta y cinco cincuenta y seis para estar a buen resguardo ya es suficiente. El problema se presenta si uno se retrasa, pero nada que un buen paraguas no pueda resolver. Todo es cuestión de organizarse.

A los remolones les resulta más sencillo sobrellevar la húmeda rutina porque miran llover por la ventana desde la cama o desde la cocina, desayunando.

No suelen ser lluvias demasiado importantes, salvo aquella del '63 que derribó medio pueblo, pero algunos nunca se acostumbran a ellas. Será por eso que en el último mitin de la sociedad "Hartos de la Lluvia", al que concurrieron además algunos de los integrantes de la comisión directiva de "Trabajadores por el Derecho a Estar Seco" y miembros de la ONG "Pare de Mojarse", se escucharon voces reclamando la

sanción de la "Ley de Lluvias", que incorpora en el artículo 3 inciso 2 apartado 3c subtítulo 17 la obligación de que todo el pueblo salga de sus casas antes de las nueve de la mañana, a fin de poner a todos en pie de igualdad frente a las inclemencias del tiempo.

Yo me enteré esta mañana a las nueve y diez leyendo el diario mientras desayunaba en la cocina viendo caer la lluvia a través de la ventana. Y ahí mismo decidí mudarme al pueblo vecino, porque allá llueve y sale el sol sobre justos e injustos a cualquier hora. Y como corresponde, sin avisar.

Por eso me voy del pueblo: prefiero maldecir mi suerte al pisar una baldosa floja a dejar que otros decidan cómo debiera yo disfrutar de la lluvia.

Diálogos

Tenía tan asumida su propia inteligencia que jamás creyó necesario detenerse a pensar una respuesta. Como el pistolero de un western de los años '50, no esperaba que el otro desenfundara su pregunta: él disparaba primero. Y la víctima siempre era todo intento de conversación, porque era imposible sostener alguna.

Tal era su consideración hacia su propia habilidad para intervenir y resolver las dudas acerca de cualquier asunto, que prestamente respondía, aunque la pregunta no estuviera dirigida puntualmente a él.

Cuentan que el personaje en cuestión un buen día cayó en cuenta de que las respuestas que formulaba estaban dirigidas a sus propias preguntas. Al principio le extrañó un poco, pero no le preocupó demasiado.

Finalmente, comenzaron a agradaarle esos diálogos consigo mismo. En algún punto tenían una ventaja: ya nadie ponía caras raras ni lo dejaba hablando solo, como hacían sus interlocutores cuando estaba afuera. Incluso creyó advertir cuando él desarrollaba sus inteligentes argumentos en pos

de responderse una pregunta, que también el enfermero asentía con su cabeza.

Bisturí

En el Tratado sobre la Imbecilidad hallado hace muchos años durante la excavación de los restos de lo que alguna vez fuera el lado oscuro de la Tierra, en la página 1320 párrafo 10 inciso 23 apartado A2 dice:

"El principal instrumento con el que contará el fanático es un bisturí: con él se ocupará de cortar convenientemente la conexión entre su cerebro y su lengua."

Observador

Sabr  usted disculpar si mi explicaci3n del fen3meno pudiera ser más bien pedestre, pero tambi3n comprender  que no soy un investigador y tampoco un acad3mico; s3lo soy un observador, uno muy bueno, por cierto, y que se jacta de ello.

Mi explicaci3n del fen3meno, decía, es la que tratar3 de presentar acto seguido. Pero permítase me un proleg3meno: es menester que dedique unas líneas a hurgar en las razones de mi explicaci3n, a fin de presentarlas al interesado antes de afirmar tal pretendida cualidad. Motiva mi alocuci3n el que considero es un evidente y deliberado silencio por parte de mis cong3neres frente a la ignominia que significa la carencia total de explicaci3n observada por mí, habilidad 3sta, la de observar, que he referido ut supra.

 Qu3 hacer con tal silencio?  C3mo obviar una explicaci3n o declaraci3n o justificaci3n o, finalmente, una resoluci3n frente a tamaño desconocimiento del fen3meno y aquello que lo provoca? Lejos de mí cualquier simulaci3n o fingimiento de las reales y dramáticas consecuencias de perpetuar tal estado de ignorancia. Jamás cejar a en el intento de

traer claridad en el asunto que nos ocupa, aunque me vaya la vida en ello. Supe conservar desde tiempos pretéritos la hidalguía y compostura necesarias para abordar manifestaciones similares, siempre de buen talante y con la confianza de quién se sabe en lo cierto, a pesar de los contratiempos y sinsabores.

Dicho esto, paso a detallar las habilidades y pericias que me hacen acreedor a vuestra confianza en que resolveré adecuadamente la intriga que nos concierne. Sepa usted que he recorrido el mundo en reiteradas ocasiones, ya como delegado, ya como trashumante, ya como simple vagabundo y errante. Tales peripecias y aconteceres, considero le han otorgado a mi consabida habilidad una consistencia y fiabilidad ciertamente envidiables. Acto seguido comenzaría con mi tan anunciada explicación, de no ser por el tren que ya ha arribado al andén y debo abordar con prontitud. Le aseguro que lejos de mí está dejar a mi próximo interlocutor casual sin la consabida capacidad de observación que me distingue, y usted mismo ha sabido apreciar.

Pasillos

La función principal de un pasillo, se sabe, es la circulación. Lo que suceda allí siempre será historia. Una transitoria, ligera, efímera. Breve. Casi la nada misma.

Dos lugares que se precien de tales, por caso cuarto y recepción, o puerta de ingreso y asiento 23 ventanilla delante del ala, aprovecharán esa fugacidad con fines únicamente utilitarios: yo aquí, tu allá y el pasillo largo que nos une. Sólo eso.

Afortunadamente, existen excepciones. Como aquella vez en que salí del camarote para encender un cigarro y me distraje caminando por el pasillo alfombrado. Luego de observar los delicados arabescos durante un buen rato intenté recordar el número de mi cuarto, pero no pude. Eran tantas las puertas que me perdí.

Cuando finalmente lo encontré, conocía para entonces tantas historias como puertas había abierto en la búsqueda de mi destino. Confundí caras, reconocí enemigos, desperté amores y amantes, y coseché odios. Todo mientras buscaba mi puerta.

Debo confesarte que me asiste una cierta fascinación por los pasillos, tal vez por mi condición natural de errante, ya no de cualquier camino sino de estos rectos senderos ignorados.

Los hay oscuros y también luminosos. Y los hay largos y espaciosos o tan estrechos como para permitir el paso de una persona a la vez. También están los terroríficos como los del Hotel Overlook y los inquietantes, como los de un laberinto.

En fin. Quisiera volver al relato de aquella oportunidad en que me perdí a causa de la alfombra. Una de las puertas que abrí -juro que era idéntica a la mía, luego comprendí que era igual a todas- daba a un camarote a oscuras. Creí reconocer tu respiración y me tendí a tu lado. Luego hicimos el amor.

Cuando se abrió la puerta, tus gritos y la luz que alcanzaba a entrar alumbraron mi error. Cúlpese a los pasillos y a esta extraordinaria e irresistible fascinación que ejercen en mí.

Pérdidas

No sé en dónde la perdí, pero lo cierto es que me angustié mucho.

Era una pavada, sencillita, sin otro valor que el hecho de que me la regaló mi viejo antes de morir. Imaginate.

Cómo, efectivamente, desconozco el lugar en donde la perdí, comencé a caminar todo el tiempo mirando al suelo, a ver si la encontraba, porque en aquellos años mozos todavía creía en las casualidades.

No vi a mis hijos crecer, ni cuando perdí mi trabajo, ni cuando me abandonó mi mujer, ocupado como estaba mirando al suelo. Ahora que estoy aquí en mi lecho sin poder ponerme de pie para buscar el dichoso objeto, empiezo a intuir que hubo mucho valioso cerca mío que no vi por mirar al suelo buscando lo perdido.

Tal vez el destino del tonto sea no poder mirar hacia arriba, ocupado como está intentando recuperar lo que por alguna causa perdió y ya no volverá a encontrar.

Aconteció en el Almacén de Recuerdos

Lo miró de arriba abajo y luego le clavó la vista con intención intimidante. Su voz se tornó algo gutural cuando finalmente decidió hablarle, cosa que le resultó agradable por lo oportuna:

-Sus historias no tienen cabida aquí.

El Remendador Oficial dijo esto y percibió al momento la desazón en el rostro del Fabricante de Historias, razón por la cual se llamó a silencio. Hubiera sido doloroso insistir con otros argumentos. Después de todo, su tarea era únicamente la de remendar y se vería bastante favorecido con mucho tiempo libre si aquellas historias no ingresaban al Almacén de Recuerdos, actualmente bajo su administración. No habría qué remendar.

El Remendador Oficial quedó entonces a la espera de una disculpa en un hilo de voz por toda respuesta. Sin embargo, lo que escuchó a continuación lo sorprendió, de tan vehemente:

-¿Y qué hace un Remendador manejando los destinos del Almacén de Recuerdos?

El Fabricante, aunque por distintas razones, también se asombró por su propia respuesta, pero le complacía el haber tenido finalmente el valor suficiente para decirle exactamente lo que pensaba al respecto.

-Y no me voy a arrepentir justamente ahora-, se dijo para sí.

No sin picardía, encontró en la expresión en el rostro del Remendador la confirmación de aquello de que no hay mejor defensa que un buen ataque.

-Bueno, -respondió el burócrata- debo confesarle que yo me hice la misma pregunta cuando me nombraron para el cargo. Finalmente hallé la respuesta por mí mismo, por simple observación: eran tantas las historias viejas, repetidas y aun copiadas que llegaban a este mostrador que ya no alcanzaba con un Archivador Oficial y ni siquiera con un Clasificador Oficial: se hacía necesario un Remendador de alto escalafón, uno que tomara esas ajadas y decrépitas historias ya contadas y les hiciera un remiendo como la gente. Por suerte me eligieron a mí, y aquí me ve, haciendo mi trabajo.

El Remendador dio por terminada la conversación, satisfecho por la claridad de su respuesta. Pero el Fabricante insistió:

-Pues mis historias son todas nuevas. No necesitan ni el más pequeño de los remiendos. Debería usted admitirlas por Mesa de Entradas.

Por primera vez desde que había comenzado su conversación con el Fabricante, el Remendador Oficial no supo qué

responder. Acostumbrado como estaba a admitir y almacenar las historias recibidas únicamente después de remendarlas, la sola idea de tener entre sus manos historias nuevas le producía vértigo. Y luego, el temor: ¿qué haría sin historias que remendar? ¿perdería su puesto? ¡qué horror!

Sin inmutarse, seguro de su conquista, el Fabricante de Historias comenzó a relatarle al Remendador sus historias más frescas y fragantes. Algunas de ellas muy hermosas, otras llenas de dolor. Eran todas ellas, para el inesperado oyente, historias nuevas.

Tímidamente al principio, pero con una creciente satisfacción a medida que los relatos avanzaban, el Remendador Oficial agradeció cada una de las historias.

-Tal vez -se dijo a sí mismo- el secreto de una buena historia no esté en cómo luce, sino en el lugar que ocupa en nuestro Almacén de Recuerdos.

Por primera vez se le ocurrió la idea de que se puede ser feliz con cualquier historia mientras sea una buena historia. Entonces se levantó de su sillón, se quitó el delantal de gris burócrata y le dio la vuelta al mostrador para sentarse junto al Fabricante, quien continuaba con el relato de sus historias.

El Fabricante de Historias nunca le confesó, por supuesto, que algunas de ellas ya habían sido contadas miles de veces. Relatar una historia, cualquier historia, era para él como contarla por primera vez.

Rosario, noviembre de 2020